

A la Biblioteca Nacional

BIBLIOTECA NACIONAL
R. 62 - S. N. 2
- A - 1 - 83 -
Quito-Ecuador

Este libro es propiedad de la Biblioteca Nacional del Casa de la Cultura
Su Venia. con el No. 2592

2592

MI POEMA







Remigio Crespo Toral.

150-1100/1
1991

MI POEMA

POR

Remigio Crespo Toral.

CUARTA EDICION

AUMENTADA Y NOTABLEMENTE CORREGIDA POR EL AUTOR

1242 1991



CUENCA - ECUADOR

1998

MADRID.—Sucesores de Rivadeneyra, Paseo de San Vicente, 20.



PRÓLOGO



he aquí que desde las lejanías de una comarca de ensueño — verjel donde florece la maravillosa siempreviva del habla castellana — llega á mí un noble cruzado del Arte pidiéndome que apadrine, para su confirmación en la Orden de los Caballeros del Ideal, á un paladín esforzado que á pecho descubierto viene riñendo singulares batallas á mayor honra y gloria de Nuestra Señora la Santa Poesía.

Y yo — que en las dulces horas de voluptuosidades imaginativas quisiera ver al mundo entero prosternarse ante el ara de la Belleza y comulgar espiritualmente con ideas y sentimientos hechos oro de rimas — me adelanto

con los brazos abiertos para recibir al hermano que se acerca y para decirle con todo cariño:—¡Bien venido seas entre nosotros!

Ese hermano sabe que, en la Comunidad nuestra, son: la pobreza, gala; el sufrimiento, deber; la ingratitud y el desdén del prójimo, recompensas únicas.

Y, sabiendo todo eso, está resuelto, por firme determinación de la voluntad, por vocación irresistible, á pronunciar votos definitivos en la Orden de los sembradores que no cosechan en vida, de los eternos peregrinos del Sahara de las indiferencias, de los que en su apostolado humilde afrontan lapidaciones y martirios por merecer una sonrisa del sol de la Inmortalidad.
—Hermano: ¡bien venido seas entre nosotros!

Mientras las campanas voltean anunciando la fiesta del cruzamiento, obligaciones de padrino me imponen la misión de dirigir la palabra al público.

Hay rubor en la frente y tristeza en el alma al confesar con sinceridad que España no conoce en conjunto la literatura americana y que parcialmente, en detalle, el núcleo más selecto de los escritores hispanos apenas si tiene noticia de la labor de media docena de escri-

tores que, por haber residido en Madrid, crearon aquí vínculos de amistad y lograron atención y aplauso para sus libros.

Fuerza es declararlo: España puede juzgar acerca de algunos poetas, pero en modo alguno acerca de la poesía de la América latina.

No hay en ello agravio despectivo; lo que hay es modestia por parte de los poetas de allá, que han rehuído la exhibición de sus obras, y cierta pereza por parte de los críticos de acá, que—salvo excepciones tan contadas como la del admirable maestro Valera,—han encontrado más cómodo el examen de la producción de dentro de casa que el salir fuera del terruño solariego y hacerse á la mar en las carabelas de la exploración para descubrir mundos ignotos.

De tarde en tarde llegaba á las mesas de las Redacciones de los periódicos madrileños un volumen—poesía ó novela,—impreso en Méjico, en Lima ó en Buenos Aires.

Se le hojeaba con cierto temor, no desprovisto de amargo fundamento; muchas veces el recelo quedaba confirmado al tropezar con una estrofa, con un adjetivo que, por hallarse inspirado en fervores patrióticos, lastimaba sentimientos nacionales.

Luego, al correr los años, las heridas han cicatrizado

con bálsamos de amores y de olvidos, se han depuesto antagonismos y se ha inaugurado la era de la justicia.

No está lejos el día en que para España los artistas de América sean tan estimados y tan familiares como los que trabajan gloriosamente en Castilla y en Andalucía, en Cataluña y en Galicia, en Aragón y en Asturias.

No está distante la fecha en que los amantes del idioma cervantino sientan ufanía fraternal ante los lauros bien ganados por colombianos y por guatemaltecos, por chilenos y por ecuatorianos, por cuantos piensan, sienten y se expresan con la dulzura de las palabras aprendidas de labios de la misma madre.

Y no puedo, no debo, no quiero dejar de consignar aquí que, en esa empresa de reconciliación, el mejor, casi el único cable tendido á través del Océano entre los hogares de los hijos emancipados y la casona de la vetusta madre, ha sido y es la Revista que me ha honrado y me honra uniendo mi apellido á sus páginas: á sus páginas, que son blasón de nobleza histórica conquistado en medio siglo de heroicas campañas. He nombrado á *La Ilustración Española y Americana*.

Arrullado por el Pacífico, empenachado por las crestas de los Andes, florecido por exuberancias inagota-

bles de la madre Naturaleza, hay un pedazo de tierra americana que semeja el triángulo místico ideado por pintores y escultores para remate de la augusta testa del Eterno.

Esa región fecunda—el Ecuador,—por milagro amoroso ha realizado un prodigio de vestal: el de mantener en su pureza prístina el lenguaje castellano.

Mientras algunos escritores de otras Repúblicas—copiando los figurines del pensamiento y de la expresión parisienses—han bastardeado el idioma de los atavos, han dejado perder la rancia solera quevedesca, han descoyuntado la frase, han convertido innecesariamente sustantivos en verbos, han forjado plurales ridículos y han sido, en fin, fonógrafos repetidores imperfectos de la jerga «barriolatesca», los valientes legionarios de la intelectualidad ecuatoriana han permanecido fieles á las tradiciones del casticismo, y, ahora como ayer, su producción literaria tiene fragancia de romeros y de espliegos, fragancia clásica: la que perfuma las estrofas del buen Arcipreste, la que atildada en Gil Polo, sencilla en los romances del racionero cordobés Góngora, aguda y regocijada en Baltasar de Alcázar, es vástago vivaz de la vieja cepa horaciana.

He aspirado esas fragancias en las poesías de Honorato Vázquez — ministro del arte ecuatoriano en Espa-

y el sol es castellano, que hubo un tiempo
 ¡en que el sol en España no halló ocaso!

.....

»¡Y Cervantes? Si halló la risa lengua,
 la nobleza expresión, el Arte culto,
 la virtud lauros, la malicia mengua,
 fué en ese genio oculto
 cuya ardiente, divina carcajada,
 el aula anima, las edades llena,
 ora infantil y amena,
 ya ligera, ya olímpica y airada.

.....

»¡Y luego el magno sol del nuevo imperio
 presidirá los mundos!
 ¡No hallará ocaso en su ínclito hemisferio,
 rey de los días del honor fecundos!
 ¡España, ya te impulsa
 el aliento de un Dios: la luz no tarda!
 Arrogante é impávida y convulsa,
 levántate; se enciende el nuevo oriente.
 ¡Dios te bendice! ¡América te aguarda!

Y así, con soberana robustez de pensamiento, con sobriedad enérgica de frase, con martillazo firme de escultor que golpea la piedra para dar forma á la estatua, Crespo Toral — con alientos de Quintana, con espíritu serenamente clásico — esculpe en estrofas mármoreas las imágenes de los que dieron vida inmortal al Hidalgo Manchego y á la Estrella de Sevilla, al alcalde Pedro Crespo y al bendito organista maese Pérez.

Y los mármoles palpitan, con humana palpitación, caldeados por el alma del poeta: hoguera encendida por amores, por admiraciones, por optimismos.

Es corriente que, con razón ó sin razón visible, cada artista cifre predilección especial en una de sus obras.

El autor y el público no siempre se encuentran de acuerdo en la apreciación, acaso por hallarse colocados en muy distintos puntos de vista.

No lo sé ciertamente, pero presumo que la obra predilecta, la bien amada de Crespo Toral, es *Mi poema* (1). Lo presumo porque está escrita con el corazón; porque no hay en ella estrofa que no responda con sinceridad á un estado sincero de alma; porque es como un espejo del mundo interior donde el poeta, á solas con su conciencia, dice lo que siente y siente lo que dice.

Y suponiendo esta presunción no equivocada, afirmo que en el caso presente ha de registrarse la feliz coincidencia de la predilección del autor con la de los lectores.

Mi poema es un acierto, un hermoso acierto de artista en plenitud de entendimiento, de cultura y de imaginación creadora.

(1) Después de escritas estas líneas, encuentro confirmada mi impresión por la «Nota» del Autor; profesión de fe que coincide con muchas de las apreciaciones estampadas en este prólogo.

Al recorrer las páginas de *Mi poema* he experimentado la sensación exquisita, indefinible, que experimento al pasear en el madrileño Museo de Arte Moderno por el salón que guarda los cuadros de Haes.

Allí, cada paisaje del maestro es trasunto fiel de un estado de alma; de un estado de alma que se envuelve casi siempre en el manto imperial de la melancolía. Así en *Mi poema*.

Emoción suavísima ha servido al poeta de hilo áureo para engarzar perlas estrofas.

Y esas estrofas forman una colección de cuadros cuyo conjunto armónico es la vida de hoy añorando el ayer de la infancia dichosa, de la adolescencia pletórica de ilusiones.

Crespo Toral, en esta confesión poética, ha arrancado de su lira — lira de creyente, de místico — una nota nueva: una nota en la que se unen las brillanteces del colorista Velarde con las austeridades de los poetas de Castilla.

Velarde hubiera puesto su firma al pie de estos versos:

«Ella perfuma el seno de las flores,
da ritmo al mar, concierta los rumores
del bosque, al ave inspira; Ella despliega
el tierno laberinto del capullo;

canta con el murmullo
del agua triste, con las brisas llega.»

Núñez de Arce y Ferrari, con sólo sustituir por «castellana» la palabra final de esta otra estrofa, la hubieran aceptado por suya:

«Y siempre, aquí y allá, la parda aldea
y la torre que otea
los campos con la trémula campana,
los rebaños en torno, de la esquila
el són, la dulce soledad tranquila....
¡Oh triste, oh santa tierra americana!»

Mi poema es un viaje á través de los años que fueron, y en esa excursión de recuerdos destacan las magníficas descripciones del invierno, con su regocijada Nochebuena, y de la primavera, con su desbordamiento de flores, en la comarca andina.

Y el arte del poeta funde en uno los paisajes exteriores con los paisajes de su íntimo sentimiento, y de esa fusión íntima, perfecta, brota la plegaria de un suspiro como broche y remate de la obra.

Hermano artista: cuando me disponía á darte el espaldarazo con la espada del verso, cuando soñaba con

que la musa hispana arrancase dos estrellas de oro para calzártelas por espuelas, cediendo á curiosidad simpática, comencé la lectura de tu obra: del escudo nobiliario de tu cerebro.

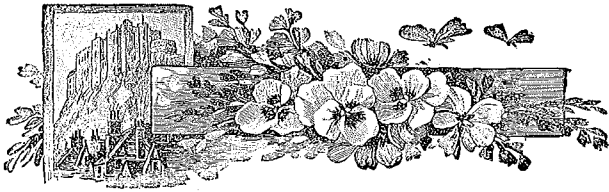
Y la curiosidad se trocó en admiración; y ahora — cual el Mago de *Los Príncipes* de Catulle Mendès—me encuentro imposibilitado para apadrinar tu confirmación en la Orden de los Caballeros del Ideal, servidores y paladines de Nuestra Señora la Santa Poesía.

Porque tú, hermano, eras ya poeta como son grandes de España los Colones, los Córdobas, los Albas: *por derecho propio*.

M. R. BLANCO-BELMONTE.

Madrid, 1907.





NOTA

DE LA SEGUNDA EDICIÓN



N MAYO de 1885 salió á luz la primera edición de este poema, que hoy, merced á generosos amigos, vuelve á demandar un puesto en el campo de las nacientes letras ecuatorianas.

Casi improvisado para una *Guirnalda de Mayo*, llevó los defectos de que adolece toda obra hecha de prisa y en fuerza de exigencias y compromisos, casi nunca favorables á la buena literatura.

No obstante, aquellos versos son un traslado, en su mayor parte, de mis ensayos de adolescente: de suerte que, á pesar de la incorrección de esas estrofas de 1885,

en ellas se vació lo mejor y más sincero de las impresiones de mi primera edad.

Acababa de publicarse el bellissimo IDILIO de Núñez de Arce. En los cuadros del poeta castellano encontré algo como un eco de mis recuerdos de niño. Así, sugestionado por aquel poema de sencillas y plácidas armonías, probé á vaciar, en las formas del maestro español, las reminiscencias y desaliñadas estrofas del trovador montañés, que, al pie de los Andes, había idealizado sus paisajes y sus historias de amor, cubriendo la realidad con las flores del arte.

Ahora, emancipado tal vez del yugo de la imitación, reflexivamente adueñado del tema y de los recursos de ejecución, ansiando extraer del terruño la poesía ingenua y pura, entrego á nueva vida MI POEMA. En el fondo, en la forma, en el desarrollo mismo de la acción (bien sencilla, por cierto), y también en las modificaciones del verso, se encontrarán enmiendas sustanciales, encaminadas casi todas á crear lo que tanto ansía el patriotismo: la poesía nacional.

Bien poco valen mis ensayos. Tengo concepto altísimo del arte, y de la poesía, sobre todo; y mal puedo ilusionarme con mis obras, cuando el perenne *más allá* de la Belleza, que siento y no alcanzo á trasladar á los moldes de la palabra, empequeñece mis rimas, por más

que me empeñe en vestirlas con las galas y primores que acerté á recoger en las Escuelas.

Mas, entre mis cantos, el más querido, por más sincero, es el poema que llamo por excelencia *mío*. Mío, porque en él puse lo mejor y más acendrado de mis sentimientos: el amor á mi madre, las escenas del hogar campesino y aquella nota mística, que tal vez no volverá para mí, entre las arideces de la vida ordinaria y los desgarramientos y las luchas de la existencia.

También en esos versos se encontrará al cantor de los Andes, que admiró las perspectivas ilimitadas de la poesía de las cordilleras, la rústica felicidad de las aldeas y de los páramos, el amor de la lumbre en las granjas y cabañas de la sierra, la Nochebuena pasada entre las rocas del monte, al mugir de los torrentes que se descuelgan de los picos altísimos.

Como sincero idioma del misticismo pastoril é íntimo, como ensayo de poesía nacional interandina, MI POEMA merece, á no dudarlo, la indulgencia que ya alcanzó en su primera aparición. Si se lo estudia como obra de arte, si en él se busca la armoniosa y cabal estructura, la crítica hallará endeblez, vacilaciones y defectos de ejecución. Pero, como documento de nuestra historia literaria, es acreedor á la simpatía de los amantes del arte nacional.

¿Serán extraños en esta edad, llamada del positivismo y de la crítica nominalista, el ensueño de lo sobrenatural y la realidad mística?

No: que las almas, ha tantos años aprisionadas en el concepto materialista de la vida, rendidas por el batallar y los desmayos de la duda, se agolpan ya á la entrada de los cielos sin horizonte, para contemplar las indefinibles visiones del mundo de los espíritus y escuchar la callada armonía del universo de las ideas. Rompiendo la costra dura de la tierra, calcinada por el calor del volcán y herida por el aliento de la tempestad, es como la musa de Verlaine, desde el pesebre mismo donde se revuelca la pasión, se levanta invocando á la Santa Virgen, estrella que se adivina allá en el límite del espacio presente, como astro que presidirá nuevas y regeneradas edades.

Además, á nuestra raza—la raza española,—en el fondo de su ser le quedan siempre las místicas esencias. Esa raza dejó en nuestras montañas la hermosa y doliente pasión de lo infinito. Sobre todo en las planicies andinas, la cruz del desierto plantada por mano española, la torre de la aldea que conquistadores y misioneros levantaron, las VÍRGENES diseñadas en el retablo, en el muro, en las vías públicas, tienen tal influjo —influjo tradicional— sobre los corazones enajenados

por la poesía; que es imposible, gracias á Dios y á Castilla, desterrar de nuestros hogares y nuestras rimas aquellos Penates íntimos que, como golondrinas, ale-
tean bajo las viviendas del español americano.

Días son éstos de crisis artística. Los ideales hoy muertos—¿quién lo duda?—son los ideales del pesimismo; quizá la musa de ayer, la musa que pasó al cementerio de la Historia, es la del análisis y la duda..... ¿No es verdad que las primeras luces de una aurora desconocida se anuncian en los mismos espacios entenebrecidos por la negación y la blasfemia del Arte?

¡Quiera el Cielo que estos versos míos caigan en tierra fecunda y encuentren eco en corazones hermanos, y sean un preludio de otras arpas más venturosas que, en los días futuros de la fe y la regeneración de la Belleza, cantarán la alianza del Cielo y de la Tierra!

Remigio Crespo Toral.

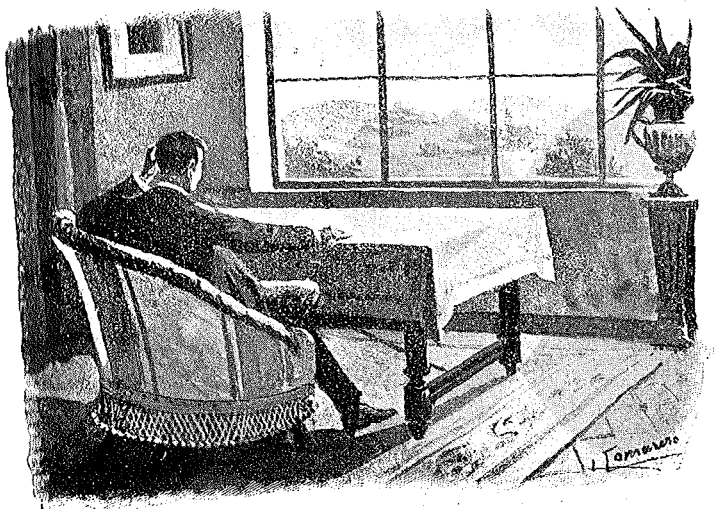
Cuenca, 14 de Mayo de 1896.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

Á mi madre,

COMO HOMENAJE

DE GRATITUD Y DE TERNURA



PRELUDIO

I



REGUA al dolor! Es dulce á las primeras
horas volver, abriendo las ligeras
alas de la memoria,
y adormirse á los trinos
del ruiseñor del cielo, los divinos
sones robando al himno de la gloria.

II

En este cuerpo, de inquietud transido,
cante otra vez el niño; y el vagido
de su estrofa inocente
traiga de nuevo el ritmo no enseñado,
que, como insecto alado,
en las entrañas palpitar se siente.

III

¿A quién no atormentó el sublime anhelo
de la eterna pasión? ¿Quién hacia el Cielo
no fué á soñar, huyendo de la vida?
En la noche de espanto,
¡ay del que no oyó el canto
de aquella alondra mística y querida!

IV

¡Amor! ¡El infinito
amor, seno bendito
do se asila la pena! Aun me consume
su apacible recuerdo; su ambrosía
queda en el alma mía,
cual del vino, en el ánfora, el perfume.

V

¡Ah! Dejadme un instante
tornar á la inocencia, á la distante
edad; que place al que en la noche existe,
la ventura pasada;
y es dulce la frescura, en la jornada,
sobre la pampa solitaria y triste.

VI

¡Veloz carrera del amor humano!
Cual fatua llama, como fuego vano,
luce en el alma y desaparece: el fuego
se apaga en las cenizas; la inocencia
huye, y vienen el llanto, la dolencia,
la muerte, de las tumbas el sosiego.

VII

Del alba tras las breves claridades,
cubren las tempestades
de niebla el cielo azul; y en lontananza,
bañando en luz el ámbito sombrío,
queda sólo, Dios mío,
el faro de tu amor y tu esperanza.

VIII

¡Ay, mi inocente edad, bendita sea!
Si por primera vez sentí en la aldea
la sacra herida, el bálsamo divino
allí pusiste tú, Virgen María:
en mi alma, la sencilla poesía;
en mi voz, del turpial el blando trino.

IX

¡Yo que te amé con el primer cariño,
con la sencilla ceguedad del niño,
con ensueños de virgen, sólo acierto
hora á gemir, errante golondrina,
que, porque el sol declina,
busca la sombra del alar desierto!

X

¡Salve, luz de otros tiempos! En su angustia
te ansía mi alma hoy mustia.
En el místico alar quiero el reposo,
y allí abatir el vuelo;
que está sañudo el cielo
y llega ya el combate tormentoso.....





¡ES ELLA!

XI



E veía, fulgor de la alborada,
rosicler de la tarde, en la callada
noche, estrella de paz!—¿No miras, hijo?
La Virgen mueve el orbe, el sol enciende,
y de la noche el pabellón extiende,—
mi madre, como en éxtasis, me dijo.

XII

¿Quién de las ondas el raudal de plata
en el césped desata?
¿Quién mira, allá, desde lejana estrella?
¿Quién de la flor el terciopelo tiñe,
y de arrebales ciñe
la cumbre?—¡Es Ella, es Ella!

XIII

Ella perfuma el seno de las flores,
da ritmo al mar, concierta los rumores
del bosque, al ave inspira; Ella despliega
el tierno laberinto del capullo;
canta con el murmullo
del agua triste, con las brisas llega.

XIV.

Habita, porque es suya, la cabaña;
la intrincada vereda, en la montaña,
enseña á los pastores; en la cuna
el sueño vela del infante inerme,
y su inquietud aduerme
y le alumbra con rayos de la luna.

XV.

En su regazo las doncellas lloran,
las buenas madres bendición imploran,
la aclama el marinero en la tormenta,
al pobre hartura da, paz al que lucha:
que todo ruego y oración escucha,
y para todos, como el sol, calienta.

XVI

—¿Por qué la luna, de tristeza emblema,
cubre su faz de púrpura, y diadema
ciñe de sangre?—Sus dolores gime
la Virgen.—¿Por qué el rayo sus serpientes
lanza sobre las cumbres eminentes?
—¡Es la luz de su cólera sublime!

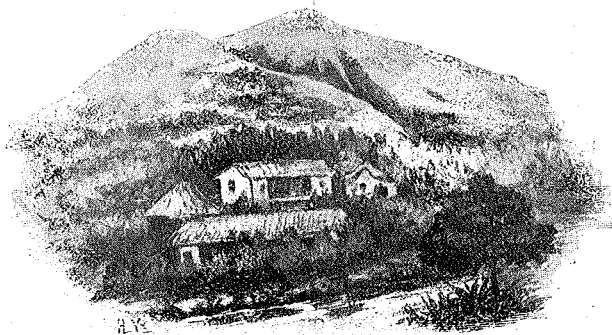
XVII

El arco que en los cielos se levanta
es la irisada huella de su planta;
es su mirar el leve
destello de la luz en el vacío;
sus lágrimas, las gotas del rocío
que palpita en el pétalo de nieve.

XVIII

Despierta el día, que Ella al sol alumbra;
si Ella se va, se extiende la penumbra:
habla en la soledad y en el misterio;
sorprende en el silencio la plegaria,
y cuelga la silvestre pasionaria,
de la aldea en el pobre cementerio.





ALBORADAS

XIX



QUAL de un sol moribundo los reflejos,
cual de extranjera playa, de allá lejos
viene el recuerdo de mi edad primera.
¡En el espacio azul, qué resplandores,
qué arrebol entre nubes de colores!
¡Dadme volver atrás! ¡Ah, si volviera!

XX

Aun miro, como en sueños, alto monte
cerrando el horizonte;
una heredad perdida en la arboleda,
y entre juncos el río, en curso blando,
al umbral de la granja murmurando....
¡Sólo una sombra de esos tiempos queda!

XXI

Mis hermanos y yo, por esas lomas,
de yerba en flor—bandada de palomas
nacidas á la sombra del olvido,—
al resplandor de la primera aurora,
subimos con la mente soñadora
al cielo, desde el nido.



XXII

La luz de la mañana
ya cruza mi ventana
en brilladores haces transparente
y rocío sutil aglomerado
por el opuesto lado,
cubre las hojas del cristal luciente.

XXIII

En el alma aun presentes las visiones
de otro mundo y los sonos
de un himno oído en inefable ensueño,
¡cómo á la voz materna
el niño se prosterna,
rebelde á los estímulos del sueño!

XXIV

Y melodioso trino,
célico acorde, cántico divino,
al resonar la voz del campanario
del cerro en la eminencia,
se escucha la cadencia
de las alternas notas del Rosario.

XXV

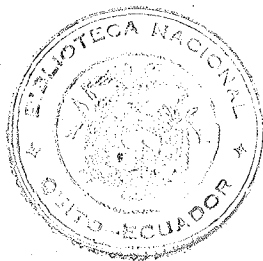
Más encendida ya la luz escasa
luego inunda la casa
de la oración el apacible acento;
los ángeles amigos allí acuden;
las ramas se sacuden,
como liras pulsadas por el viento.

XXVI

En turba inmensa, en virginal concierto,
en la alameda, en el vecino huerto,
cantan doquier los pájaros sencillos,
su voz juntando á nuestro coro ardiente;
mientras dice la gente:
—Cantan y aman también los pajarillos.—

XXVII

Y su diana el gallo vigilante
lanza aquí, más allá y en la distante
heredad. Los devotos labradores,
¡comienzo santo en la labor diaria!
entonan la plegaria
ante una cruz de espigas y de flores.



XXVIII

En el humilde templo de la aldea:
—¡Que bien venida sea
tu apetecida luz!—exclama el cura.—
¡Padre, mi labio con amor te nombra;
cubra tu augusta sombra
mi grey, que en tus favores se asegura!

XXIX

El buen maestro, al rezo
al pequeñito adiestra, que travieso,
del divino gorjeo se recela;
y de jilgueros inocente trino,
con aire campesino
estallan las plegarias de la escuela.

XXX

Y el canto del Rosario
el templo asorda, invade el solitario
monte, en el antro mísero solloza.
¡Doquiera suenas, cántico sublime,
donde se ama y se gime,
en el palacio, en la olvidada choza!

XXXI

Fatigada la frente,
torno la faz á oriente,
á esas auroras de una edad lejana;
y cólmase la copa de mi llanto,
pues aun amo el encanto
y el perfume y la luz de una mañana.

XXXII

De esa mañana en que, cual nunca, el alma,
como brisa que en calma
se aduerme en los estambres de las flores,
en tu seno durmió, Madre querida,
y, esencia de la vida,
el vaso derramó de sus amores.

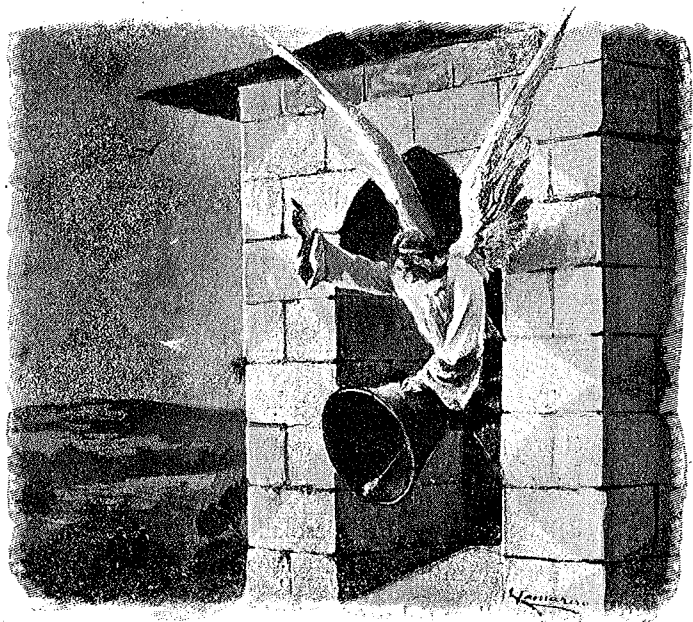
XXXIII

Ese el instante de mis glorias era:
el cielo, en primavera;
la tierra en flor; sonando las canciones
de la estación florida; el agua, espumas;
el monte erguido entre esfumadas brumas,
y el aire todo luz y vibraciones.

XXXIV

Herido de tu amor por la saeta,
¡oh Virgen! en la escala del poeta
subí con la embriaguez del pensamiento;
y al caer de la lluvia bienhechora
de mis primeras lágrimas, ¡Señora,
te hizo mi amor eterno juramento!





LA TARDE

XXXV



SÚAN bella y melancólica la tarde!
Vasta hoguera de luz, el ocaso ardé;
y el sol, aunque á la muerte se avecina,
del iris los colores,
como lluvia de flores,
derrama sobre el valle y la colina.

XXXVI

Tras el tenue cendal de la penumbra,
el crepúsculo alumbra,
triste cual si velara la partida
del astro agonizante; desolado
gime el viento en el prado,
el agua llora del peñón vertida.

XXXVII

La voz de la campana—
clamor augusto, súplica lejana—
se extiende por las pampas; aletea
bajo el alar la tímida avecilla;
devoto el campesino se arrodilla
al *Angelus* del templo de la aldea.

XXXVIII

El toque de oraciones
llega á los corazones
cual gemido de allá, del otro mundo,
y queda todo en plácido sosiego;
sólo el silencio, luego,
es cántico solemne, himno profundo.

XXXIX

La estrella de la tarde solitaria
asoma en el cenit, y la plegaria
brota del alma y en los labios suena:
—Cuando despierta y cuando muere el día,
¡salve, Virgen María!—
se oye doquier, en música serena.

XL

En el cañaveral el viento gime;
es ya la noche..... En majestad sublime,
con tu misterio y soledad asombras,
solemne y triste, y al Señor levantas,
con notas sacrosantas,
naturaleza, el himno de las sombras.....

XLI

Después la luna nueva
lentamente se eleva,
antorcha de la aldea y las cabañas;
y tenue resplandor, cual gasa leve
se extiende en el paisaje, y como nieve
amortaja la vega y las montañas.

XLII

¡Tardes del tiempo aquel, anocheceres
que ya no volverán, como los seres
que duermen en el fondo de la tumba!
Sólo quedan dolor de la memoria,
leve sombra de dicha transitoria,
el eco de una voz que no retumba.....

XLIII

Enfrente á la heredad, sobre la cumbre
del monte, se esparcía intensa lumbre,
y asomaba una estrella: ésa era mía;
¡pues en ella, vestida de pastora,
verte, al primer destello de la aurora,
soñé, Virgen María!



XLIV

La indiana melancólica bocina,
en la estancia vecina
gemía de unos pobres; vigilaba
el perro fiel ladrando en el otero,
y el corcel altanero
en la granja piafaba.

XLV

Arrobábanme en lánguido embeleso
la cadencia del rezo
por infantiles labios repetida
y brotada de amantes corazones
y, en cándidas visiones,
de ángeles el descenso y la partida.....

XLVI

¡Amor de los amores, torna y vierte
en la sombras de muerte
el raudal de tu luz! Mas ¡ay! la onda,
no la alta cumbre á repasar alcanza.....
¡Adiós, dulce esperanza!
¡Ya no hay un eco que á mi voz responda!





ENSUEÑOS

XLVII



COMO duermen las aves en el nido,
absorto y sin sentido,
me dormí de un cantar al blando arrullo,
embriagado por místicos olores:
el agua era rumores;
el silencio, murmullo.

XLVIII

Soñaba que contigo,
hijo tuyo, á tu abrigo,
en horas sin medida,
con amoroso abrazo
estrechabas mi frente á tu regazo
y era mi vida aliento de tu vida.

XLIX

Y bajo el techo de modesta choza,
en soledad dichosa,
mirábamos del tiempo la corriente
rodar, en delicioso arrobamiento,
al susurro del viento,
al resonar las aguas del torrente.

L

Era la de los lirios tu hermosura;
tu faz, la blanca lumbre de la altura;
desplegabas el labio á la sonrisa
como al rocío el cáliz de las flores;
y, cítara de amores,
era tu voz, la voz de mansa brisa.

LI

Después te contemplaba, encantadora,
guiar, Santa Pastora,
el rebaño entre rosas y tomillo:
ya la oveja feliz tu pie besaba,
ya en tus faldas jugaba
como un niño, travieso corderillo.

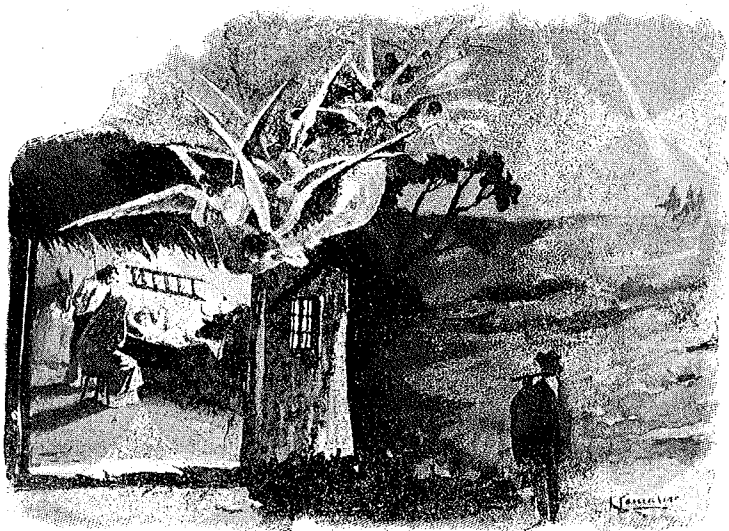


LII

Cantaba el ruiseñor en las umbrías;
y henchida de armonías,
mi alma, en las soledades de la noche,
plegaba el ala, como flor que cierra
los pétalos, do encierra
fresco rocío en perfumado broche.

LIII

Llamándome—¡Hijo mío!—
como tuviese frío,
me abrías tu regazo; y mi cabeza
reposaba á la sombra de su dueño....
¡Ay, fugitivo ensueño!
¡Sublime amor de espiritual belleza!



NOCHEBUENA

LIV



ACIDO del amor de las florestas,
Diciembre trae, con devotas fiestas,
en cada aurora el sonreir del cielo.
En el valle, en la falda,
la mies se riza en ondas de esmeralda,
del vago viento al inconstante vuelo.

LV

Los jilguerillos cantan
en las andinas sierras; se adelantan
á repicar las torres de la aldea;
y en la sencilla lengua del cariño,
—El mes, el mes del Niño—
exclaman todos, —¡bien venido sea!—

LVI

Anímase el desierto,
del céfiro y las aves al concierto.
¡Hasta la indiana quena,
hecha de pobre caña,
inunda la montaña
con aires de un cantar de Nochebuena!

LVII

En medio los transportes del contento,
se eleva el Nacimiento
sobre pajas y césped florecido.
Allí los muros de Belén, la choza
bajo la selva umbrosa,
el pino agreste, y en la rama el nido.

LVIII

Apacientan con flores
su rebaño, en la cuesta, los pastores;
al sonar de la esquila,
el labrador gobierna su pareja,
abre los surcos, y la abuela vieja
entre los rubios pequeñuelos hila.

LIX

Cercada de espadañas, la laguna
copia el nevado disco de la luna.
La hirsuta fiera enseña
en el antro los ojos.
Flores y hojas llevando por despojos,
el torrente en cascadas se despeña.

LX

Los Reyes del Oriente, hacia la gruta
siguen la áspera ruta
de una estrella á la lumbre viajera.
Allí el portal, el asno, el buey altivo
mirando compasivo,
cual si de Dios la humillación sintiera.

LXI

¡Cómo, en la plenitud de la ventura,
te inclinas con ternura,
Madre bendita, en inefable gozo!
Ángeles en tropel se precipitan;
y las rocas palpitan,
y adora el santo esposo.

LXII

Estrella rutilante,
allí el precioso Infante
en las pajas dormido,
brilla de la aureola en los reflejos:
—¡Cuán hermoso y gentil!—dicen los viejos; —
tal, lindo como está, debió haber sido.

LXIII

Y los niños exclaman:—¡Amor mío,
ay, tendrás tanto frío
sobre esas pajas!—¡Plácidas dulzuras
del infantil amor! De todos, ésta
es la anhelada fiesta.
¡Gloria en el campo, gloria en las alturas!

LXIV

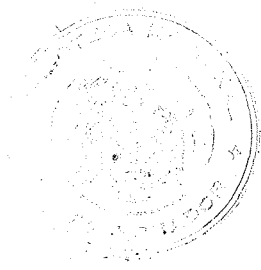
¡Oh hermosa Nochebuena campesina!
¡Cuál la iglesia del pueblo se ilumina,
cómo sube al altar rústico incienso,
qué sencillo el Portal! De la era el tamo
cubre el ara que adorna humilde ramo.;
mas ¡cuán inmenso amor, qué gozo inmenso

LXV

En el campestre blanco sombrero
que, en arreo sencillo,
ponen á la Señora, se entretiene,
agitando el plumaje,
el céfiro salvaje,
que perfumado de los bosques viene.

LXVI

Acuden los pastores,
en tropel los devotos labradores,
la piadosa madre, el triste viejo,
el chicuelo inocente, la aldeana,
que se asoma lozana
con su pañuelo y corto zagalejo.



LXVII

El Niño entre las pajas
sonríe; chillan roncás las sonajas;
los aires llena el pífano sonante,
y las coplas de amor del Nacimiento
esparcidas al viento,
las lleva el eco al peñascal distante.

LXVIII

Entre el incendio de las secas haces
bailan alborozados los rapaces
al son del villancico; no resuena
el yaraví; su pena el indio acalla;
rojo el cohete estalla
chispeante en la atmósfera serena.

LXIX

La caterva, á la vera del camino,
alegre y ya sin tino,
agotadas las ánforas, se lanza,
al estallar la campesina orquesta,
en tumultuosa fiesta,
con el delirio de la loca danza.

LXX

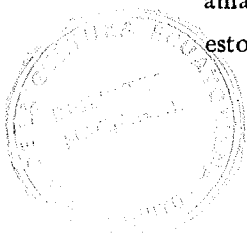
Y llénanse las copas placenteras
en torno á las hogueras
que inundan con su luz las heredades.
En todo corazón anida el gozo.....
¡de Belén, Niño hermoso,
huésped de las andinas soledades!

LXXI

Colgaste aquí tu cuna
humilde cual ninguna,
mas oliente á claveles y romero.
Eres, como hijo de los pobres, triste,
que sin sombra naciste,
implume entre las hojas prisionero.

LXXII

Tu tierra es ésta. ¡Que jamás la dejes!
Tú que la cuna, *quindecillo*, tejes
con silvestre retama,
habita aquestos campos inocentes,
ama estas limpias fuentes,
estos retiros de los bosques ama.



LXXIII

Blanco botón de lirio
que enrojece la sangre del martirio,
de nuestra cordillera soberana
recuéstate en las pajas virginales;
y sean tus pañales
los musgos de la selva americana!





MAYO

LXXIV



H gratas primaveras
que alegráis las andinas cordilleras!
¡Cómo á su primer rayo
rompe en flores la pampa solitaria!
¡Es la hermosa estación de la plegaria,
mes de las almas y la gloria, ¡Mayo!

LXXV

La errante luz en el jardín se posa:
colorea el clavel, pinta la rosa,
y derrama, triunfante, en su carrera
la risueña cascada de colores:
¡estación de las flores,
juventud de las almas, ¡primavera!

LXXVI

¡Cuántos rumores en el patrio río,
que, despeñado desde el monte umbrío,
se deshace en espumas!
La alfombra de las hojas cubre el suelo,
y pasan por el cielo
aves y nubes é irisadas brumas.

LXXVII

El valle, cual colmado canastillo,
luce su pompa al brillo
del sol; riega el moral en el sendero
las blancas flores y el purpúreo grano;
y el maíz, en la cuesta y en el llano,
corónase de plumas altanero.

LXXVIII

Bajo toldos de verde enredadera,
á la opuesta ribera
el brazo extiende la orgullosa puente;
y cubierta de helechos y de grama,
los aires embalsama,
y mírase en la límpida corriente.

LXXIX

En vértigo, la rueda del molino
gira entre el torbellino
de las raudas espumas: cubre el techo
el blanco polvo como tenue gasa;
y adentro, el trigo pasa,
de la ancha tolva en la prisión estrecho.

LXXX

A la sombra del sauce
duerme el agua en el cauce,
donde murmura queda;
y viciosa y lozana
se baña en la corriente la liana,
que encima de los árboles se enreda.

LXXXI

En medio el pradecillo de claveles,
cual nido que se esconde en los verjeles,
surge en el bosque la heredad modesta,
do el humo del tejado lento asciende,
donde la lumbre que la esposa enciende
es del esposo fiel la única fiesta.

LXXXII

Al pie del arrogante
monte, que ciñe en oriental turbante
la neblina que al campo da frescura;
la ciudad, cual bandada de palomas,
se recuesta en las lomas,
y las plantas oculta en la espesura.

LXXXIII

¡Oh valles de la patria! ¡oh azulada
linde que cercas la feliz morada
donde habita la paz! Aquí los huertos
están siempre, y los setos, florecidos,
y calientes los nidos,
y es alegre aun la casa de los muertos.

LXXXIV

Cuanto la vista abarca
en la andina comarca,
se elevan de la Virgen los altares;
el ara de los campos se improvisa,
el musgo la matiza,
la consagra el amor de los hogares.

LXXXV

En concierto de mística armonía
los campanarios suenan, y á porfía
un himno nuevo canta
la vieja Catedral, y á los remotos
montes lleva sus ecos, como votos
que á los cielos levanta.

LXXXVI

En la pobre capilla,
¡cómo risueña brilla
la imagen de la Virgen de la Escuela!
¡Cuántas rosas y lirios,
qué de nevados cirios,
cuánta plegaria que á los cielos vuela!

LXXXVII

Y las cestillas llenas
vierten en los altares azucenas;
ensaya la inocencia el dulce arpegio,
mezcla de queja, bendición y arrullo,
y en creciente murmullo
los cánticos se escuchan del Colegio.

LXXXVIII

¡Qué cartas á la Virgen dirigidas,
de querellas henchidas!—
En hojas de color con orlas de oro,
¡qué cosas se escribían inocentes!
ansias locas y súplicas ardientes,
la primera pasión, el primer lloro!

LXXXIX

También yo te escribí.... Puse temblando
en tus manos la carta.—Yo, ignorando
del mundo, te pedía
un hogar á la vera de mi calle,
una heredad en el nativo valle
y el don de la adorable poesía.





IDILIO

XC



XCELSOS montes, cordillera andina,
donde el sol en los páramos reclina
la coronada frente! ¡Cuál se exprime
en aquesta planicie ilimitada
del misterio la lengua no escuchada
y el idioma sin voz de lo sublime!

XCI

El agua se retuerce en la barranca,
y, alzándose del fondo, nube blanca
ciñe el límite extenso.

En el prado, en el cerro, en el bosque,
en el oscuro abismo, lo salvaje
se siente con lo grande, con lo inmenso.

XCII

Bajo el silvestre pino,
en el granito lábrase el camino;
el caserío extiéndese en la cuesta
que á las gigantes cumbres se eslabona;
la santa Cruz corona
el agrio pico, la empinada cresta.

XCIII

En las peñas que el musgo y los helechos
cubren, en franjas y floridos techos,
se enreda la viciosa pasionaria,
prende yedra silvestre,
suelta la orquídea el búcaro, y agreste
alza el *maguey* su palma solitaria.

XCIV

En apretados haces se derrama
la mies, que esmaltan lirios y retama,
que el negro aliso cerca; y á la lumbré,
que en ondas se dilata, allá se esfuma,
rasgando los cendales de la bruma,
sobre una cumbre otra empinada cumbre.

XCV

Rompiendo las murallas de la roca,
abren las aguas tumultuosa boca,
y allí se lanzan, y ensordece el grito
rugidor de la hirviente catarata.....
y más allá, la soledad ingrata,
la selva oscura, el páramo infinito.

XCVI

El cóndor, rey del huracán, sacude
las grandes alas en la altura; acude
á la cabaña el fugitivo ciervo,
mientras en torno fugaces
se desbandan las tímidas torcaces
y en el viejo nogal dormita el cuervo.

XCVII

Y siempre, aquí y allá, la parda aldea
y la torre que otea
los campos con la trémula campana,
los rebaños en torno, de la esquila
el son, la dulce soledad tranquila.....
¡Oh triste, oh santa tierra americana!

XCVIII

Una doliente raza aquí se inclina
al yugo del dolor; y la bocina,
el caracol, la flauta soñolienta,
lloran, como los mirlos del sembrado,
con aire desolado,
eco de la conquista y de la afrenta.

XCIX

Aquí la virgen india en balde busca
la herencia de sus padres, que la brusca
usurpación la arrebató. Y hoy llora;
como la herida cierva al cielo mira,
y soñando suspira
por venturas que en vano al cielo implora.

C

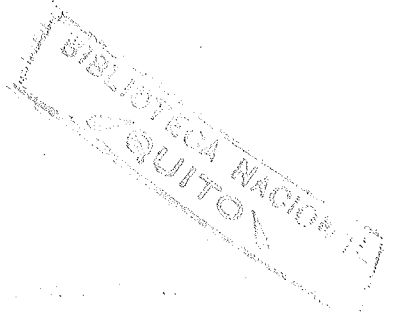
Agosto, el de las hojas amarillas,
llega con las sencillas
vendimias en las rústicas cabañas.
En las arenas su caudal escaso
oculta el río; á un sol como de ocaso,
doradas reverberan las montañas.

CI

¡Regocijo de tiernos corazones,
primeras vacaciones,
idílicos ensueños! ¡Oh mañanas,
hermosas cual ninguna! En los hogares,
con trovas y cantares,
asoman al umbral las aldeanas.

CII

Alegres segadores,
rebaños y pastores
acuden en tropel á los sembrados;
y á la hoz rendidas las gavillas de oro,
cúmulo á su tesoro
encuentran en la grama de los prados.



CIII

La reina del rastrojo,
encendida la tez, el labio rojo,
guía el rebaño, que en su torno bala;
y los desnudos pies la espigadora,
tras la mies tentadora
como dos rosas tímida resbala.

CIV

Apura, al resonar de la bocina,
la turba campesina
el resonante búcaro que inflama
el pecho decaído en la fatiga;
y á nuevo brío hostiga,
aunque el sol vierta abrasadora llama.

CV

En la era el rubio grano
cae, y en polvo vano
vuela la paja quebrantada. Denso,
de chozas y cortijos, se levanta
el humo, del hogar ofrenda santa,
de los campos, incienso.

CVI

Sobre manteles de mullida yerba
la cansada caterva
contenta toma la ración diaria;
pero antes que ella acabe,
en la sencilla mesa se oye el grave
rumor de la plegaria.

CVII

Cuando el sol cae tras los montes, bella
la vespertina estrella,
entre brumas de duelo,
cual llorosa pupila,
misteriosa escintila
en los profundos ámbitos del cielo.

CVIII

Acabada la rústica faena,
cunde el olor de la campestre cena;
y cuando el valle envuelve sombra parda,
el labriego á las puertas de la choza
llega, que allí la esposa
junto al hogar con la oración le aguarda.

CIX

¡Oh inocencia, oh ensueños de ventura!
¡Oh, cómo de la mística hermosura
seguí yo el paso por la láctea vía;
y mi alma, cual la plácida laguna,
se empapaba en los rayos de la luna
y en la luz de los astros se embebía!

CX

En la iglesia del pueblo, entre el aroma
del silvestre amancay, como paloma
que ama tan sólo el nido,
buscaba no sé qué—la luz, el cielo:
no conocía de la vida el duelo
ni el estímulo incierto del sentido.

CXI

Yo, encima de la torre de la aldea,
tocaba el esquilón; cual se recrea
la alondra en los espacios, mi mirada
medía el campo, contemplaba arriba
la luz, el aire, con la mente, que iba
más allá, sobre el éter columpiada.

CXII

Y volvía á mi madre y á mi casa,
á la campestre brasa;
en la granja, el estruendo
á escuchar del establo, del cortijo
el rumor, el tranquilo regocijo
que iba por la alquería discurriendo.

CXIII

¡Oh niñez, paraíso de la tierra,
donde crece y se encierra
la única dicha humana sin mudanza;
incienso que en las aras se consume
y esparce hasta la muerte su perfume,
en forma de recuerdo ó de esperanza!

CXIV

Una tarde, ¡oh celeste devaneo!
en éxtasis de cándido deseo,
recostado en la paja de las eras,
tu estrella esperé, Madre, que á mis ojos
luego brilló: de hinojos
caí, cual si en el monte aparecieras.

CXV

Hundí la frente entre los secos haces,
como la ocultan tímidas torcaces
bajo las alas; de emoción deshecha
el alma, conmovíase envidiosa,
viendo la mies copiosa,
si rico el labrador, tú sin cosecha.

CXVI

—;Mi corazón, tu campo; tú lo riegues,
tú sus espigas siegues,
labradora de amor! Cual vil cizaña,
afecto extraño á ti consume el fuego:
tierra árida te entrego,
¡dará ella fruto si tu luz la baña! —

CXVII

Así dije: el solemne juramento
fuése en el vago viento
con el solemne toque de oraciones;
y sentí que en un rayo vespertino
mi juramento abriase camino
del cielo á las mansiones.

CXVIII

Y las primeras lágrimas—rocío
del alba de la vida—el rostro mío
empaparon. La frente desplomada
sobre los haces de heno,
de esa efusión de amor llevé á mi seno
una flor con mis lágrimas bañada.

CXIX

Confidente de ensueños y congojas,
la campanilla azul puse en las hojas
del libro aquel en que rezar solía.
—¡Tú serás inmortal cual mi ternura,
oh testigo de mi única ventura,
oh flor de la montaña!—así decía.

CXX

¡Ay, después cómo el tiempo en su carrera
todo lo arrastra, cómo la hechicera
imagen de los sueños de la infancia
se deshace á la luz de otras auroras;
y al avanzar el carro de las horas,
quédase la inocencia á la distancia!

CXXI

Con Isabel jugábamos, los nidos
sorprendiendo en el huerto, enloquecidos
por el dulce albedrío de la vida;
abierta el alma al soplo de la tierra,
no sabíamos ¡ay! cómo se encierra
en la misma inocencia la caída.

CXXII

Yo su esposo en los juegos
era, y ella mi esposa; y así ciegos—
un corazón entrambos corazones—
rodamos por la mágica pendiente
que lleva al soñador adolescente
al fruto de las castas ilusiones.

CXXIII

Y al fermentar la juventud lozana,
sentí la plenitud de la mañana;
descubrí la sombría
esfinge de la dicha y de la pena,
y sentí que nublaba mi serena
atmósfera letal melancolía.

CXXIV

Al mirar á Isabel bajé los ojos,
y se encendieron los claveles rojos
en las mejillas de Isabel. ¡Dios mío!
Era la nube....., la primer tormenta;
sentí en mi frente el rayo que revienta
y debajo mis plantas..... el vacío.

CXXV

¿Y después? Nos miramos á hurtadillas,
ella, hirvientes de grana las mejillas,
pálido yo cual muerto:
ella, asomada al borde del camino,
yo, viéndola en encuentro repentino,
tras de las tapias del vecino huerto.

CXXVI

No de la culpa la incurable herida—
era la dolorosa despedida
del virginal ensueño, la amargura
de la avecilla que pñando deja
el nido y que se aleja
por la ignorada senda de la altura.

CXXVII

La iglesia parroquial, ¡Santa María!
viónos juntos en loca idolatría.
No entonces la oración inmaculada
queja infantil llevaba á tus altares:
iba con ilusiones y pesares
sobre el ala manchada.

CXXVIII

¡Un día! Era la misa,
alegre misa de la aldea; aprisa
fuimos, que era la fiesta
de una pareja amante
de novios que llegaba al resonante
clamor de ronca orquesta.

CXXIX

La novia, humilde flor de las montañas,
bajo el arco escondió de sus pestañas
sus negros, grandes ojos,
con candor dulce y ademán esquivo;
él avanzó, qué altivo,
y entrambos del amor con los sonrojos.

CXXX

El tamboril golpeaba; el aire henchido
de rosas se esparcía; y sonreído,
junto á las puertas aguardaba el Cura.....
¡Oh bodas de la aldea,
vuestra memoria mi ánimo recrea
con sus cuadros de rústica hermosura!

CXXXI

Al repicar alegre la campana,
por la abierta ventana
á la iglesia acudían, desde el huerto,
los pajarillos con rumor sonoro;
y en la torre, en el atrio y en el coro,
cantaban de las bodas el concierto.

CXXXII

Con Isabel mirábamos la escena;
y en opuesta corriente, mi alma, llena
de la pasión primera, se volvía
á ella, que mirándome me amaba,
y tras el manto esquiva se ocultaba,
y, al parecer, rebelde sonreía.

CXXXIII

Algo como la envidia
de otra felicidad, la oculta lidia
del capullo tenaz que rompe el broche
y á la brisa se entregá,
sentíamos — yo ciego y ella ciega —
de la pasión en la primera noche.

CXXXIV

—Que' una tarde lloraste
recuerdo me contaste.....
Dame esa flor que la bañaste en llanto;
¡lo que es tuyo — ¿verdad? — también es mío!
La flor mirar ansío
de tu inocente edad tributo santo.

CXXXV

Isabel así dijo aquella tarde;
y rendíme cobarde.
El libro abrí donde rezar solía,
y en que, olorosa á dulce primavera,
la campanilla azul, la flor primera,
aromas de otros tiempos esparcía.

CXXXVI

Luego en las manos la estrechó jugando,
mientras soltaba al airecillo blando
sus cabellos, corriendo triscadora
por la insegura orilla;
y sin pensar, sencilla,
soltó la flor en la onda voladora.

CXXXVII

De allá del fondo de una edad desierta,
lanzó en su tumba mi inocencia muerta
un gemido. La ofrenda consagrada
por mi tierna piedad adolescente,
lleváronse las aguas del torrente
á la mar, al olvido y á la nada.

CXXXVIII

¡Pobre Isabel! Llorando perseguía,
por el agua bravía,
la flor querida. En emoción sincera
también lloré por ELLA; con la palma
sequé su llanto..... ¡Ay alma,
quedaste luego en paz! ¡Quién lo creyera!

CXXXIX

Y por darme consuelo, de allí abajo,
del sembrado, dorada espiga trajo,
me la dió sonriendo.

— La sembraremos, crecerán los trigos,
de nuestro amor testigos —
la dije, aquella espiga recibiendo.

CXL

Así, cual brotarán los tiernos granos,
uno al otro cercanos,
nuestros mutuos afectos juntaremos.
De cada grano nacerá una espiga,
y otra. ¡Oh, mi dulce amiga,
nuestro bien hasta el cielo eternicemos!—

CXLI

Y volvimos á casa: ya la sombra
derramaba en la alfombra
del prado su rocío. Sobre el monte,
cuando hablamos de amor, cual siempre bella,
como un recuerdo, mi adorada estrella
alzóse en el confín del horizonte.

CXLI.II

— ¡Mira — dijo — esa estrella, qué radiosa!
— Cual tus ojos hermosa, —
la dije. ELLA repuso: — ¡Tengo miedo! —
Y una sombra pasó sobre mi frente.
— ¡Tengo miedo! — en doliente
clamor grité á mi vez.... ¡Vamos! ¡No puedo!

CXLIII

¡Adiós, estrella de mi amor querida!
En el naufragio de mi fe perdida
no te vi más; hiriente en las entrañas,
del cierzo de la duda sentí el frío,
y escuché que sombrío
pasó el trueno rodando en las montañas.

CXLIV

¡Oh ilusión, oh inclemencias de la tierra!
Como á un muerto se entierra,
esa espiga sembramos; fresco riego
en los surcos vertimos.
¡Cuántas ramas tendimos
por suavizar del sol el vivo fuego!

CXLV

De leves hojas esmaltóse el suelo;
mas las aves del cielo
arrancaron el tallo esmeraldino,
y el cementerio de la pobre espiga
cerró la vil ortiga,
y cubrióse de yerbas el camino.

CXLVI

Más que la flor del heno enferma y leve
fué esa dicha, y fugaz como la nieve;
pero pródigo fuí de mi cariño
en aras de aquel ídolo de un día....
¡Y te olvidó, María,
adolescente, el que te amó de niño!

CXLVII

Y la copa de amor en que bebiste,
¡mengua de un alma triste!
aun manchan viles heces. Profanado,
mi corazón es sólo una ruina
donde el cardo se inclina,
único, mudo resto del pasado.....





PLEGARIA

CXLVIII



oy vuelvo á ti mi acento de gemido,
el rostro dolorido
y turbia, por el llanto, la mirada.
La tempestad me arrebató al ocaso,
y llevo, paso á paso,
la carga en esta mísera jornada.

CXLIX

Bien quisiera tornasen á la vida
la juventud florida,
la piadosa cítara de amores,
la visión de ideales hermosuras;
mas aquellas venturas
fueron flores y han muerto como flores.

CL

Aunque el cielo me llama, no respondo.
Sólo el gemido brota, seco y hondo,
con agrio son, cual de las cañas huecas.
¡Ante tu altar no rinde otro tributo
esta alma envuelta en luto,
sino la triste ofrenda de hojas secas!

CL I

¡Oh Santa Madre del linaje humano,
benigna escucha, besaré tu mano,
tu bondadosa mano! Torne luego,
no el amor de la muerta primavera,
de su santa piedad algo siquiera,
algo siquiera de su dulce fuego.

CL II

Calor aun guarda el pecho:
si tú lo quieres, Madre, sobre el lecho
puedo volver, cual Lázaro, á la vida.
Puede trocar la noche de sus penas,
en tus horas serenas,
esta alma, por el llanto redimida.

CLIII

No te pido la sombra de tu casa,
no tu áurea mesa: la migaja escasa
que das á la avecilla peregrina.
No un asilo, Señora, en tu santuario:
en su aldea el alar del campanario
concede á la doliente golondrina....



